

Memorias de un abanico, Júlia Lopes de Almeida

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro



MEMORIAS DE UN ABANICO

Júlia Lopes de Almeida

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

A Virginia Gomes Leitão

Un día, al abrir un cajón de objetos despreciados hace mucho, la vieja condesa encontró un abanico, ajado y triste, de color dudoso y lánguido. Se paró a mirarlo, después lo tomó entre sus manos arrugadas y, recostándose más en el cojín de la silla, se quedó pensativa intentando acordarse de la época en que lo había comprado... ¿Se lo habrían regalado? Sin duda, su frágil memoria no la ayudaba y la condesa, creyendo que investigaba el pasado, adormecía.

Entonces, el abanico se movió, cayéndosele de las manos inertes sobre la tela de seda del vestido negro y, en voz baja, comenzó serenamente a contar su historia.

Solo quien vive en nuestra intimidad puede valorar nuestro mérito, nuestro espíritu, nuestra inteligente hermosura, cuando tenemos la ventura de caer en manos que nos comprenden, que a través de suaves movimientos nos permiten participar de sentimientos íntimos, que consiguen convertirnos en intérpretes de este lenguaje *coquette*, en el que la menor de nuestras ondulaciones es un luminoso rastro de reticencias encantadoras...

Yo tenía un miedo atroz, durante el poco tiempo que viví expuesto en una posición pretenciosa y firme, de acabar en las manos indiferentes de cualquier burguesa. Hoy, viejo, inválido, olvidado, me río de estas veleidades, ¡lamentándolas incluso! Mi anhelo, el sueño brillante que me acariciaba era ser de una mujer joven, hermosa, elegante, blanca como la nieve inmaculada de las montañas, perfumada como los lirios de las grutas musgosas y sombrías, risueña y fresca como el alba, mimosa y revoltosa ¡como un colibrí! Quería reposar en una habitación adornada con sedas y pinturas, descubrir secretos inocentes y maliciosos, dormir entre los finos pliegues de una mantilla de encaje dejada sobre el mármol color ópalo de un tocador.

Por eso el día que, entre todos mis compañeros, una señora joven y bonita me escogió, experimenté un delicioso e inexplicable placer. Era llevado entre unas manos irreprochablemente ocultas tras unos guantes, dentro de un *coupé* magnífico, sentía un no sé qué, una sensación indefinible de orgullo y alegría, el deseo de llegar al término del viaje, de observar mi nuevo hogar. Llegué y vi que todas mis expectativas se habían cumplido. Lo que me rodeaba deslumbraba riqueza y buen gusto.

Viví dos días perezosos, tendido sobre el satén acolchado de una caja mientras me observaba una y otra vez en el espejo que revestía la tapa. Viendo mi propia imagen, quedé satisfecho conmigo mismo y me preparé para entrar en escena, dispuesto a toda clase de aventuras.

Cuando me arrancaron de aquel *dolce far niente*, inicié un ejercicio vivo y alegre. Fui feliz; llovían sobre mí los elogios y sobre mi dueña, frases lisonjeras. Yo, con mi perspicacia de abanico travieso, desconfiaba de tantas amabilidades y me vengaba a través de carcajadas sinceras, con las que cada una de mis varillas cantaba una nota a medida que la pequeña mano nerviosa de Amélia me abría y me cerraba con indolencia o rapidez.

De todos los retazos de esas escenas de galanteo, en que ella me usaba, mi mayor gozo residía definitivamente en el momento en que Amélia me ponía en contacto con su cara, que osé comparar con mi satén, ya que tienen la misma suavidad y el mismo color rosa delicado y pálido. Así sentí el calor de su respiración y vi de cerca el brillo deslumbrante de sus ojos.

¡Cuántas veces serví de refugio contra miradas inoportunas! ¡Cuántas y cuántas veces cubrí, como un ala benévola, palabras indiscretas, sonrisas amorosas!

Una noche Amélia me llevó al teatro. Nunca la vi tan viva, tan amable, tan bonita. En uno de los entreactos de la obra, subió a nuestro palco un joven alto y elegante que, después de haber pronunciado muchos halagos con cierta intimidad, notó mi sencillez.

—¡Es lo que me desagrada! —exclamó mi adorada *coquette*—. Deseaba ver algo pintado en esta tela que me sirviese de pretexto para una mirada, cuando quisiese desviar la atención de cualquier punto...

—Si usted lo consiente, me encargaré de dibujar en él un pensamiento... una fantasía...

Amélia sonrió, agradeciéndoselo con una mirada prolongada y dulce, yo... ¡me estremecí!

Temí que mi placidez, comparable a la serenidad de los lagos cuando, en las madrugadas calurosas, reflejan el color rosado del amanecer, fuese transformada bruscamente en una confusión fantástica de flores chinas, colores llamativos y recargados, formas grotescas e imposibles.

Al día siguiente fui dentro de mi caja de terciopelo acolchada a la casa del pintor.

Él, el artista, al recibirme, conmovido, respiró embriagado mi aroma y me apretó contra su corazón.

Me asombró tal exceso de ternura. Comprendí entonces, por aquel movimiento espontáneo en un lugar solitario, que el amor no era lo que yo creía.

El corazón de Amélia me confesaba que en la vida se amaba a muchos hombres a la vez, en respuesta a cualquier pretexto caprichoso o fútil. El corazón del artista me dijo lo contrario: ¡toda la vida era poca para amar a una única persona!

Después de un instante de indecisión, el enamorado de mi señora y dueña me abrió y me colocó sobre la mesa, con el cuidado de quien atrapa una mariposa y teme lastimarle las alas. Iba a comenzar el dibujo cuando entró en la habitación un hombre mayor que, riéndose de la puerilidad de la tela, le comunicó que se iba a casar.

—Mire amigo —decía el conde, torciendo su bigote blanco—. Hay una joven que desea ser *condesa* y como ella me gusta, me aprovecho de sus pretensiones... —. Y se reía

contento. Luego, acercándose más y tocándole familiarmente en el brazo, pronunció el nombre de la novia. Mi pintor, cerrándome conmovido, se puso pálido.

¡Era tu nombre, Amélia!

Días después volví. La novia conversaba al lado del piano, con una amiga. Le oí decir repetidas veces: “Cuando sea *condesa...*”, antes de sacarme de mi pequeña caja aterciopelada.

—¿Qué dibujo crees que habrá hecho?

—Una figura que representa la traición...

—¿Cuál?

—Un cupido llorando sobre un ramo de suspiros...

—No sea mala, señora *condesa...* —le dijo maliciosamente su amiga—. Vamos, abra el abanico.

Y las manos de Amélia, sin la más leve agitación ni remordimiento, me abrieron lentamente. Escuché un pequeño grito de sorpresa, una exclamación de placer. Amélia acababa de reconocer en un espléndido rostro de mujer, medio cubierto con un velo fino y blanco, su retrato nítido, perfecto.

Pasaron días, muchos días de bullicio y de alegría. Llegó la tarde de la boda. Minutos antes de arrodillarse a los pies del altar, fue la desvelada confidente de Amélia quien le dijo que su adorado y despreciado artista había muerto esa misma mañana.

Contemplé aquella escena, desde el mármol color ópalo del tocador, medio envuelto en un pañuelo de encaje de Inglaterra, al lado de unas rosas muy abiertas,

Memorias de un abanico, Júlia Lopes de Almeida

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro

mostrando su centro de un color rojo oscuro, como la sangre corrompida de un corazón enfermo...

Corrieron el cortinón que separaba el *boudoir* de la capilla.

Rodeada de sus amigas, Amélia caminó hacia la sala donde la esperaba el novio.

Hubo un instante de silencio. Después los sonidos del órgano reverberaron en todo el aposento.

Cuando concluyó la ceremonia, yo, temblando, caí al suelo donde sentí cómo se rompían mis delicadas varillas.

La condesa se despertó sobresaltada con el ruido casi silencioso de su abanico, que, resbalando por su vestido, había caído a sus pies... Se levantó, y posando su mirada humedecida y triste sobre él, reconstruyó, gracias a ese sueño, todo su pasado.

El cuento original “Memórias de um leque” (1887), de Júlia Lopes de Almeida se encuentra publicado en
Viana, L.H. y M.L. Guidin, *Contos de escritoras brasileiras*

São Paulo, Martins Fontes, 2003

La fotografía que ilustra este texto muestra la subida al monte Corcovado en Río de Janeiro, a finales del siglo
XIX, antes de la construcción del Cristo Redentor.